

COMENTARIOS - COMENTARIOS

UNA INVERSION COPERNICANA DE LA POLITICA.—“Tan sólo quien sea capaz de mejorarse a sí mismo puede pretender enjuiciar y mejorar la historia de su país.” Esta afirmación, de profunda espiritualidad, la escribió Juan Liscano en número reciente de “El Nacional” (21-2-64).

Una reflexión vieja del cristianismo; pero que cobra actualidad en el contexto histórico venezolano de hoy. Liscano valientemente exige **“impugnar nuestra propia historia venezolana**, tejida de desgracias personales, de luchas convulsivas para controlar el poder, de crímenes estériles, de rencores sociales, de mesianismos revolucionarios, de feudalismo obtuso, de mercantilismo cínico, de utilitarismo cobarde, de catolicismo sin autenticidad, de oportunismo político”.

Liscano resume en un apotegma vibrante el quehacer de todo venezolano: “tan sólo con un venezolano mejor se hará una Venezuela mejor”.

Quienes contemplamos a la Venezuela actual no podemos menos de ver con preocupación, como Liscano, la tensión invasora que en Venezuela provoca la política. Concebida como “acciones convulsivas de lucha por el poder”, sean fruto del activismo castro-comunista o sea respuesta apresurada a su amenaza hamponil. Venezuela requiere que su historia se construya con hombres de una profundidad de ciencia y de conciencia que mire más allá de la aventura inmediata. Aquí está la tragedia mayor de nuestro comunismo, de nuestro cristianismo y de nuestra democracia. La ausencia de conocimiento profundo del marxismo entre nuestra juventud comunista nos duele por Venezuela, no por ellos. Una genuina profundización y autenticidad de nuestro cristianismo son requisitos urgentes. Su ausencia no duele por Venezuela y por ellos.

Es necesario esforzarse, nos urge Liscano, en “promover crisis de conciencias individuales”, dirigidas a “cambiar el venezolano por dentro, mediante el despertar de la conciencia para que la vida social pueda ser mejor”.

Liscano viene a darse la mano con la condición que Maritain exige para una revolución cristiana, “comenzar por uno mismo, comenzar por pensar, vivir, obrar uno mismo políticamente según el estilo cristiano”. Esto que llamaba Maritain la inversión copernicana de la política lo exige dramáticamente Liscano como un imperativo para Venezuela, “no ponerse al servicio de la política, sino en servicio de una política superior al espíritu”.

LA BATALLA CONTRA LA PROSTITUCION, especialmente callejera, ha sido enérgica. La Gobernación y el Concejo Municipal del Dis-

trito Federal han ganado bien merecidos puntos en esta campaña. El clamor angustioso de los párrocos de las parroquias del centro de la ciudad y de muchedumbre de familias honradas no ha caído en desierto.

Pero queda todavía mucho por hacer. Los grandes responsables siguen, no sólo impunes, sino al frente del vergonzoso negocio. El envío a las colonias de castigo de algunos de los traficantes —dii menores— del vicio, y a las cárceles correccionales de un grupo de explotadoras de la trata de blancas, no debe ser sino el primer paso.

¿Qué fuerzas omnipotentes hay detrás de ese tremedal de inmundicia? ¿Civiles, militares? ¿Altos funcionarios públicos? ¿Una maffia internacional con íntimas vinculaciones en el gobierno y en la política del país?

Ellos y ellas hablan de “galones” y de “altas palancas”.

Y ¿qué está ocurriendo en extranjería? Y ¿en la policía?

¿Otra vez se correrá la cortina del silencio criminal?

Por otra parte, no basta atajar el mal. Hay que encontrar soluciones positivas. ¿Se ha pensado en serio en regenerar a esos miles de menores explotados por la trata? El Consejo Venezolano del Niño, a pesar de sus esfuerzos, es totalmente incapaz de enfrentar el problema. Y aun debe dejar en la calle a muchas de los menores que recoge la policía.

Y tras unos años en uno de los refugios del C. V. N., ¿a dónde van a llegar a su mayoría de edad las muchachas allí recogidas?

Es loable la labor que desarrollan en el campo de la reeducación de las menores en peligro, o descarriadas, algunas Congregaciones religiosas, como las Adoratrices y las Hermanas del Buen Pastor. Es digno de encomio el heroico esfuerzo de la Legión de María con su casa de reeducación “Sancta María”.

Pero todo eso no es más que una gota de agua. Y queda el mar entero.

Urge un frente de emergencia en que trabajen mancomunadamente la Iglesia, el Estado, los partidos políticos y tantas personas de buena voluntad que existen en nuestro país. Porque el problema no es sólo de la capital. Se extiende agravado a muchas ciudades y aun poblaciones del Interior.

BORIS DOBINCZKI es un profesor de la UCV. Enseña ruso. Publicó el año pasado un libro sobre literatura rusa que ahora resulta un plagio. La publicación fue patrocinada por la Dirección de Cultura de la UCV.

COMENTARIOS - COMENTARIOS

Dos observaciones:

La primera. Dobinczki aparece con la vaga personalidad de un ruso blanco convertido al socialismo soviético y, hasta hace poco por menos, como gran amigo (¿protegido?) de Héctor Mujica. Su clasificación universitaria apenas parece haberse decidido recientemente: se le han tenido muchas consideraciones "por viejo y por extranjero exilado". Quizás explota su amable físico de duendecito viejo de Walt Disney. Las autoridades de la Facultad de Humanidades—de la cual depende el Departamento de Idiomas Modernos— ha nombrado una Comisión que estudie el caso. Probablemente el profesor plagiarío salga de la UCV con proceso de destitución o por renuncia "aconsejada". Sin miedo.

La segunda. La prensa se ha hecho eco del asunto ("El Mundo" y Gebyo en "La Esfera") echándole la culpa al coco. No negamos las posibles vinculaciones comunistas de Dobinczki; ni la "amistad" que lo une a Mujica. No negamos que las "vinculaciones ideológicas" son un factor indudable de "promoción profesional" en la UCV (y en otros medios); como ejemplo, los apuntes de Introducción a la Filosofía del profesor Núñez Tenorio, joven no precisamente brillante, editados por la Escuela de Periodismo; pero ya resulta alarmante la tendencia de la opinión pública a condenar todas las actuaciones del gobierno universitario de De Venanzi y canonizar el estado actual de la UCV, viendo todos sus defectos como lastre rápidamente eliminable del gobierno anterior.

Puede ser cómoda política de avestruz buscar alguien a quien echar todas las culpas: los rojos, que —responsables de mucho— no lo son de todo lo que ocurre en la UCV.

No hace falta ser profeta para anunciar que seguramente este caso se resolverá —bien o mal— en silencio, como muchos otros y con el beneplácito de todas las autoridades (que no son De Venanzi):

- porque no conviene un escándalo a la UCV en el momento de su "recuperación académica".
- porque es ir contra el "principio de autoridad" reconocer en público la falla de quien tenía que ocuparse de la seriedad de ediciones universitarias.
- porque el prestigio de una Facultad está comprometido.
- por sentido humano ante el "error" (¿o la estafa?) de un pobre viejo...
- para no ser acusados de xenofobia.
- por una falta de intereses creados con derecho de ciudadanía en toda nuestra función académica —que funcionan junto con los posiblemente ideológicos, pero que mueven a gente de opuestas ideolo-

gías—, a los que había que declarar una guerra tan sin cuartel como la que parece dirigirse contra los rojos. ("Parece" y sólo eso con toda intención: que a mucha gente le molestan los tiros y la alcabala en la puerta de la Ciudad Universitaria, pero cuando el Rector va a una misa de principio de curso y el Cardenal dice un discurso junto al Decano de una llamada "Facultad roja", creen que todo está arreglado.)

La situación universitaria que revela un "caso Dobinczki" no se arregla con sólo quitar a Mujica de la Dirección de Periodismo, ni con ganar un Decano "democrático". Y el que lo crea así es un imbécil. O cómplice.

EL DISTRITO FEDERAL HA CUMPLIDO CIENTO AÑOS.—Pero hace poco ha llegado a mayoría de edad. Los afanes de la política han silenciado en parte su celebración centenaria, que se ha festejado con sordina.

Habría que lavarle el rostro. Y curar sus llagas. Porque el Distrito Federal tiene la cara bastante sucia y es un gran enfermo cubierto de llagas.

La corona de espinas de sus cerros plagados de ranchos es mala propaganda a su altivez de ciudad millonaria, lujosa y despreocupada. Y desde el litoral extiende su mano, no excesivamente limpia, al visitante.

En él se apiñan densas muchedumbres para quienes la vida es ingrata y que, fascinados por su brillo falaz y rechazados por el medio inhóspito del campo, han venido a romperse como olas faltas de esperanza sobre el acantilado de la gran ciudad.

El Distrito Federal debe abrir un cauce hacia el interior para evitar esta atroz agonía de la condensación humana.

Faltan las fuentes de trabajo y sobran hombres para los escasos puestos burocráticos disponibles.

Mucho se ha hablado, con esa fácil y sonora palabrería tropical que nos endormece, de las ciudades satélites. El Valle del Tuy se abre prometedor a las puertas de la metrópoli. Podría ser un paraíso para la industria y la agricultura y un balcón para la angustiosa estrechez del Distrito Federal.

Buen campo de trabajo esforzado para el Ejecutivo Nacional, la Gobernación y el Concejo del Distrito Federal, que, superando la valla egoísta de los intereses partidistas, deberían crear una eficaz coalición para poner remedio a la desesperada situación del hombre en el Distrito Federal. No basta hermosear la ciudad y abrir impresionantes autopistas urbanas.